

III

Mi presentación á Juárez

Una mañana luminosa y tibia del mes de Julio de 1867, creí que se me habían cerrado para siempre las puertas del porvenir, y con ese ardor de los quince años, me juzgué el más infortunado de los mortales.

Mi padre, religión de mi vida, se hallaba en París, y estaba, como sus demás compañeros del gabinete de Maximiliano, condenado á muerte.

Nunca, ni en sus días de mayor reposo, me reprendió por mis ideas liberales, y alguna vez que un su amigo, fanático intransigente, le hizo notar que, cada día más, me inclinaba yo al cultivo de las perniciosas doctrinas democráticas, y que debía reprenderme y castigarme, le respondió fríamente:

«Mi hijo nació en 1852, y yo en 1815; es natural que piense de distinta manera.»

Alguna vez que me encontró con otros compañeros de colegio, que se complacían en ser *chinacos*, al ver nuestros sombreros abollados, las

rojas corbatas tejidas de gancho, la ropa mal ceñida, etc., me llamó aparte y me dijo:

«No se te olvide que la democracia no funda su orgullo en agregarle faldones á la chaqueta, sino en recogerse los á la levita.»

Hombre de aquellos que vivían de la remuneración de su trabajo, quedó con su familia en gran pobreza desde que perdió su empleo, y no era esto para nosotros tan amargo como su ausencia.

En tan tristes circunstancias, me refirió un amigo que el Gobierno había suprimido las becas dadas por el Imperio, y yo tenía una de ellas, que consideraba como mi capital único para afrontar todo peligro.

Perdido ese capital, me quedaba en la ruina, y meditando en esto me fuí á vagar por las calles, ensimismado y meditabundo, como un cesante de comedia.

Encontréme á poco andar con otro compañero de infortunio, es decir, con un muchacho que se encontraba en idénticas circunstancias, y tanto discutimos él y yo, sobre la manera de abrirnos paso, que al fin resolvimos que yo le escribiría al Presidente de la República, pidiéndole una audiencia para hablarle del asunto, y que él daría los mismos pasos después de conocer el resultado.

Cuando me quedé á solas, dije para mis aden-

tros: ¿qué caso me va á hacer Juárez, ni cómo voy á lograr hablarle?

El grande hombre tenía de secretario particular á Pedro Santacilia, muy querido de la juventud literaria, porque le conocía como orador elocuentísimo, poeta inspirado, escritor de galano estilo, y tan liberal y tan amante de México, que Juárez le dispensaba toda su confianza.

* * *

Santacilia nació en Santiago de Cuba, y se fué á España, á la edad de siete años, acompañando á su padre, que iba desterrado por los sucesos políticos, pues era un patriota que no encubrió nunca su amor á la independencia, y su entusiasmo fué por todos los escritos en prosa y en verso, que propagaran sus ideas.

Aquel niño aprendió el amor á la libertad de su tierra nativa, en los ejemplos, en las palabras, en los sufrimientos del autor de sus días, y cuando, nueve años más tarde volvió á Santiago de Cuba, ya constituía un nuevo y peligroso elemento para proseguir la obra de la emancipación de la Isla.

Poeta de hermoso numen, escribió *La Clava del Indio*, que la censura de la Habana no le consintió que publicara.

Con el transcurso del tiempo, Santacilia, complicado en la conspiración contra el poder español, organizada por Narciso López, estuvo encarcelado muchos meses y lo sentenciaron á ir al castillo de Ceuta.

Con él iban á la sombría fortaleza, Tomás Asencio, Cayetano Echevarría, Francisco Ober-to, José Valiente y Luis y Bienvenido Hernández, sus correligionarios y amigos.

Burlando la estricta vigilancia con que le custodiaban, se escapó á los Estados Unidos, y en breve fundó y redactó allí *La Verdad*, órgano de la Junta cubana revolucionaria, que en Cuba, aunque se recogía por el Gobierno y se castigaba á los que lo leían, circulaba en la sombra, se recibía clandestinamente, y cada ejemplar pasaba de familia en familia, para ser leído con ansia y con interés, en el más apartado rincón y en medio de muchas precauciones.

Tolón, Turla y Juan Clemente Zenea, colaboraron con Santacilia en *El laúd del desterrado*.

Escribió *El Arpa del Proscrito*, *Fábulas y Alegorías*, *Apólogos*, *Un opúsculo político*, *Genio del mal*, una interesante *Instrucción sobre el cultivo del cacao*, y *Ensayos literarios*, entre los que figura la «Instrucción primaria en los partidos de campo.»

Durante su permanencia en Nueva York,

llamó mucho la atención de los oradores y de los hombres de letras, como erudito y elocuente, con sus «Lecciones sobre la Historia de Cuba», en discursos pronunciados en el Ateneo ante auditorios numerosos.

Mucho se hizo querer como liberal exaltado, y tanto le impulsaban sus ideas á buscar amplio campo donde poder esparcirlas, que, atraído por las proezas de Juárez, vino hacia él como la brújula al Norte, como el acero al imán, y le encontró, le conoció, y no volvió nunca á separarse de su lado.

Los triumviros de Paso del Norte, como designa la Historia á Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada y José María Iglesias, comprendieron el fondo sano, la conciencia limpia y las convicciones sinceras del ilustre cubano, á quien trataron y distinguieron como á un eminente compatriota.

Y á la hora del triunfo, cuando el sublime indio de la sierra de Guelatao era el primer hombre de la América Latina, Pedro Santacilia, un cubano con alma de mexicano, era su secretario.

Juárez en aquellos días llamaba la atención del mundo entero. Había sido un hombre de hierro al tratarse de la ejecución de Maximiliano. Todas las mujeres de México le habían pedido llorando que perdonara á aquel príncipe.

Salvador Quevedo y Zubieta, el autor de *México: Recuerdos de un emigrado*, hermoso libro á que puso prólogo el nunca bien llorado Emilio Castelar, dice en una de sus bellas páginas:

«De todas partes del país, desde las ciudades á las aldeas, se dejó sentir ese impulso del corazón femenino. Comisiones de señoras se organizaban por todos lados para representar en favor del archiduque, y ¡cuántas de ellas lloraban todavía la pérdida de un padre, de un hijo ó de un hermano, muertos en defensa de la República, en un encuentro con las tropas imperiales ó en una ejecución asesina con arreglo á la ley de Octubre, firmada por el mismo Archiduque!... Y es que la mexicana dejó de serlo en aquella hora solemne, y quedó sólo la mujer con sus pasiones de ángel...

«Figuraos ahora ¡qué cuadro para un pintor, qué grupo para un estatuario, qué drama para un poeta! Si es que puede haber en la paleta de los pintores, en el buril de los escultores ó en el verso de los poetas, colores, pulimentos ó rimas que acierten á retratar, esculpir ó expresar las luchas sobrehumanas del alma y de la historia. Una inmensa muchedumbre cierra el fondo del teatro donde tiene lugar la gran lucha: vienen por delante personajes togados que disertan, insinúan, peroran, el caduceo en una mano, la balanza de Astrea en la otra; son los defensores

judiciales; siguen figuras aureoladas por el genio de la política, del arte, de la guerra; son Mr. Sewart, Víctor Hugo, Garibaldi, defensores en nombre de un pueblo ó de una idea; tras de ellos se mueven grupos interminables de caras pálidas; los ojos humedecidos por el lloro: son los defensores instituidos por el corazón en nombre del sentimiento; son las mujeres, es la esposa misma de Juárez, arrodillada; es la princesa de Salm-Salm, es la india, es la mestiza, la blanca, crecidas bajo el cielo de Anáhuac. Junto á esa multitud que demuestra, aconseja ó implora diciendo: «¡Gracia!», el Archiduque austriaco, con un pie en el cadalso, afirma, y dice:

«Mi vida.»

Frente á ella, sereno y firme en su aislamiento, no hay más que un hombre que niega. Es la figura azteca de Benito Juárez. De sus labios sale otra afirmación, y dice:

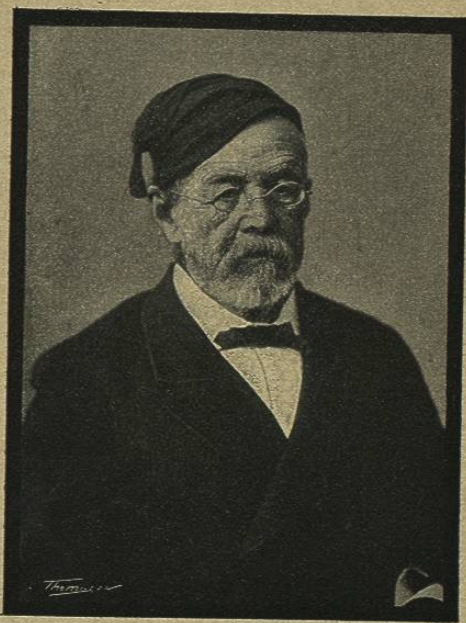
«Mi Patria.»

* * *

Me cautiva recoger colores que maten la figura del Benemérito de América, para que las modernas generaciones le conozcan.

Para acercarme á tan alto personaje intentaba yo que alguien me presentara con su Secre-

tario Santacilia, pero ¿quién había de hacerme formal para esto en aquellos días?



D. Guillermo Prieto

Guillermo Prieto, que acompañó á Santacilia á redactar en el Saltillo el *Diario Oficial* del Gobierno Republicano y *El Cura de Gamapou*, semanario satírico en verso, solía saludarme con cariño en aquella época, pero no me

hubiera tomado en serio para ayudar á mis propósitos.

Me decidí en mi soledad á escribir directamente á Juárez; redacté una brevísima carta pidiendo audiencia y la llevé en persona á la Secretaría de la Presidencia.

Vi en el fondo de la pieza principal de aquella oficina un hombre de frente espaciosa; pelo, todavía negro, cortado al rape; barba cerrada, nariz aguilena y ojos obscuros que relampagueaban sin tregua, detrás de los gruesos cristales de unos lentes de carey.

Era Pedro Santacilia.

* * *

A las veinticuatro horas recibí la respuesta, y en verdad que era muy lacónica; se me citaba para el día siguiente á las cuatro de la tarde á Palacio, al Salón de la Presidencia.

Todos me aseguraron que sería imposible que lograra ver al restaurador de la República, y con esa triste convicción me presenté á la hora designada.

Un hombre alto, de bigote poblado y espesa y larga piocha, salió á mi encuentro. Era el coronel Díaz, á quien cariñosamente llaman «el zuevo» sus camaradas; ayudante del Beneméri-

to. Me preguntó mi nombre, se lo dije y tomándose de un brazo me condujo, agregando: hay orden de que pase usted á ver al señor Presidente en cuanto llegue.

No dejó de admirarme ese acuerdo, dada mi insignificancia; pero, como dice el vulgo, lo atribuí á mi buena suerte.

— En ese salón está el Presidente, me dijo el ayudante Díaz, abriendo una puerta, pase usted.

Sentí una emoción extraña, porque no se trataba de ver al jefe de una nación, sino al símbolo vivo, á la personalidad real de la Independencia y de la libertad de todo el Continente Americano.

De pie junto á una mesa que tenía carpeta roja; bajo de cuerpo, vistiendo frac y corbata negra: serio, de fisonomía imperturbable, quieto como una estatua y con los ojos oscuros y luminosos como dos diamantes negros, estaba Juárez.

Me acerqué algo turbado, y, sin atreverme á darle la mano, le dije:

— Soy hijo de un hombre que está caído, pobre, desterrado y sentenciado á muerte. Mi único recurso de salvación era una beca que me dió el Imperio y que aun no he disfrutado porque el Colegio de Agricultura se clausuró á tiempo que yo obtenía esa gracia. Me han dicho

que el Gobierno ha suprimido esas becas, y vengo á ver si es posible conservar la mía.

El ilustre Juárez no respondió á mis palabras; me miró un momento, escribió algo en una hoja de papel y me dijo:

— Venga usted á esta hora pasado mañana, joven.

* * *

Cumplí puntualmente; llegué adonde estaba; lo encontré en el mismo sitio, y al verme, sin hacer explicación alguna ni detenerse tampoco en cortesías, tomó de la mesa un sobre que me estaba dirigido y me lo dió sin despegar los labios.

Me tendió la mano; se la estreché con respeto, y en medio del mayor silencio abandoné aquel salón imponente.

Una vez en la escalera, examiné con gran impaciencia el documento, y con agradable sorpresa me encontré con que me habían devuelto mi beca.

Con ella entré como interno á fundar con otros muchos la Escuela Nacional Preparatoria, en Enero de 1868, abierta bajo la dirección del eminente filósofo Gabino Barreda.

Hoy, cuando encuentro á Santacilia, le saludo

con ese inmenso cariño que inspira el recuerdo de un gran día de la vida, en que no sólo se me devolvió una merced que juzgaba perdida, sino que me cupo la gloria de ver de cerca y estrechar la diestra á un grande hombre.

IV

Causa de la guerra de Intervención. — La figura de Félix Díaz. — Otro rasgo de Juárez.

En 1861 y con fecha 17 de Julio, se expidió una ley que organizaba el cobro de impuestos y el pago de las deudas de la República.

Conforme á esa ley, el Gobierno percibía todo el producto líquido de las rentas federales, deduciéndose tan sólo los gastos de las oficinas recaudadoras y de sus dependencias, por dos años, todos los pagos, incluso el de las asignaciones destinadas para la deuda contraída en Londres, y para las convenciones extranjeras.

La ley, discutida en el Congreso, fué promulgada por Juárez y su ministro de Hacienda, don José Higinio Núñez, financiero tan inteligente como honrado, que conjuró muchas veces, con medidas enérgicas y con habilidad rara, las crisis que eran frecuentes por aquellos calamitosos tiempos.

Esa ley del 17 de Julio, motivó «la convención